

Doscientos años de la batalla de Waterloo

El día de la épica victoria sobre Napoleón

► Todos los países que participaron en el combate conmemoran estos días la batalla que cambió la historia de Europa

ENRIQUE SERBETO
CORESPONSAL EN BRUSELAS

En el ejemplar del jueves 22 de junio de 1815 el «Times» de Londres informaba sobre lo sucedido en los últimos días al otro lado del Canal de la Mancha: «Un comunicado del duque de Wellington, fechado en Waterloo el 19 de junio, da

La batalla de Waterloo

Los días previos

En febrero de 1815 Napoleón regresa a Francia de su exilio para destronar a Luis XVIII y proclamarse emperador con el apoyo del pueblo y su ejército

Napoleón decide invadir Bélgica y tomar Bruselas, para ello tenía que dividir al ejército aliado en dos bloques y luchar con ellos por separado y lo consigue

El ejército de Wellington se retira a Waterloo y los prusianos montan la resistencia en Wavre, a 8 km del campo de batalla por si tienen que prestar ayuda a los aliados

Claves de la batalla

W El duque de Wellington situó a sus tropas detrás de una pequeña loma desde donde divisaba a las tropas napoleónicas



N Sin embargo, Napoleón desde su cuartel general de La Belle Alliance no divisaba al ejército aliado

Fuente: www.waterloo2015.org y elaboración propia

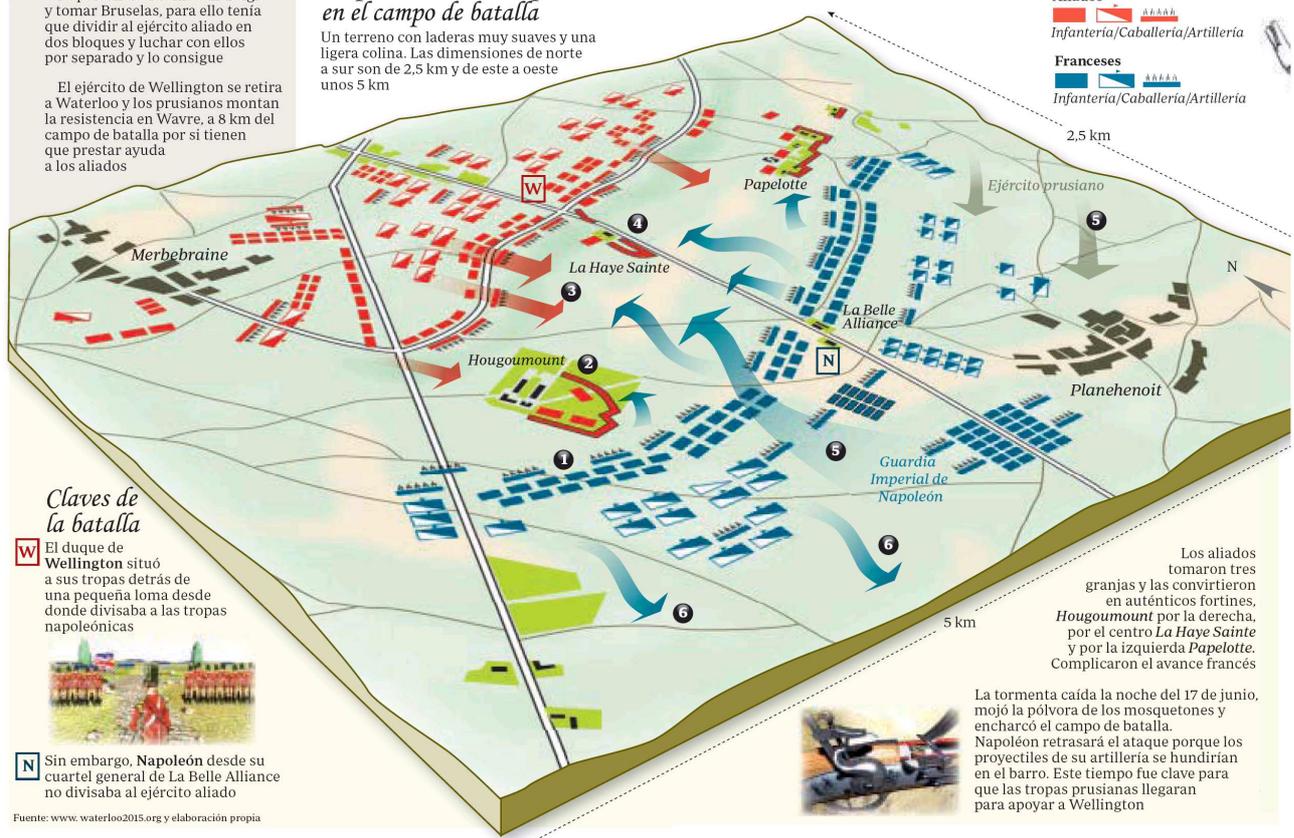
cuenta de que la víspera Bonaparte atacó con todas sus tropas a las líneas británicas, apoyadas por un cuerpo de prusianos. Dicho ataque, después de un largo y sanginario conflicto, terminó con la derrota total del ejército enemigo».

Dos siglos después, muchos de los miles de turistas que visitan cada año el escenario de Waterloo creen que la batalla la ganó Napoleón. Pero no. A pesar de que esta vasta planicie situada al sur de Bruselas está llena de símbolos que evocan al emperador hasta en el más mínimo detalle de sus últimos momentos de gloria, son en realidad el escenario del final de una epopeya de tres lustros que recorrió el conti-



Disposición de las tropas en el campo de batalla

Un terreno con laderas muy suaves y una ligera colina. Las dimensiones de norte a sur son de 2,5 km y de este a oeste unos 5 km



Aliados
Infantería/Caballería/Artillería

Franceses
Infantería/Caballería/Artillería

2,5 km

Los aliados tomaron tres granjas y las convirtieron en auténticos fortines. Hougomont por la derecha, por el centro La Haye Sainte y por la izquierda Papelotte. Complicaron el avance francés

La tormenta caída la noche del 17 de junio, mojó la pólvora de los mosquetones y encharcó el campo de batalla. Napoleón retrasará el ataque porque los proyectiles de su artillería se hundirían en el barro. Este tiempo fue clave para que las tropas prusianas llegaran para apoyar a Wellington

nente europeo desde Cádiz hasta Moscú. Los campos de batalla que tomaron el nombre del villorrio donde Wellington tenía su cuartel general son ahora una de las principales atracciones turísticas de Bélgica, un país que no existía en aquel momento y que muy probablemente no habría nacido si Napoleón no hubiese sido vencido.

Representantes de todos los países que participaron en el combate han sido invitados por el Rey Felipe de los Belgas a las ceremonias previstas para hoy, envueltas aún en sensibilidades entrecruzadas. Bélgica quiso emitir una moneda conmemorativa de 2 euros, pero la República Francesa lo ha vetado porque no quería ver circulando por toda Europa un recuerdo de la derrota del emperador. Ni el presidente Hollande, ni la canciller Angela Merkel (Alemania no existía tampoco, pero el reino de Prusia fue un actor central) estarán presentes en el montículo que se levantó después de la batalla, en el lugar donde fue herido el Príncipe de Orange, cuando Bélgica era todavía parte del Reino de los Países Bajos. Los Reyes Guillermo y

Máxima de Holanda estarán presentes a pesar de las reticencias de parte de la prensa holandesa, que reprocha a los belgas que se hayan apropiado de un episodio en el que solo fueron actores pasivos.

En suma, el Príncipe de Gales es, seguramente, el invitado que va a estar más cómodo en esta ceremonia, que se completa este año con una espectacular reconstrucción de la batalla con casitantes figurantes como soldados participaron en los hechos. En 1815 se enfrentaron 122.000 franceses con 366 cañones, contra 230.000 aliados, entre británicos, holandeses y prusianos y medio millar de piezas de artillería.

Se supone que podía haber también españoles en ambos bandos, unos y otros veteranos de la Guerra de la Independencia en la que Wellington había aprendido durante seis años a contrarrestar a la máquina de guerra más poderosa del mundo en la época. Pero el mayor protagonista español en aquel día de 1815 fue el general Álava, un militar vasco que acabó siendo uno de los mejores amigos del héroe británi-

co. La ofensiva de Napoleón había sorprendido al estado mayor aliado y Alava, que entonces era embajador en Holanda, volvió a ser su mano derecha, el coordinador en el combate definitivo contra el francés. Su descendiente, el donostiarra Gonzalo Serrats Urrecha, autor de una apasionante recopilación de la correspondencia entre ambos militares, representará al general español en la ceremonia.

Dos siglos después queda solamente la fascinación ante la figura de un emperador a un tiempo considerado héroe y villano. En Francia solo el ex-primer ministro socialista Lionel Jospin se ha atrevido a escribir una biografía crítica de Napoleón. Los belgas han hecho cervezas, chocolates y todo un largo etcétera de objetos conmemorativos, con la certeza de que dentro de otros cien años seguirán llegando turistas a contemplar ese espacio donde murieron o fueron heridos en una jornada 115.000 hombres de los dos bandos (66.000 franceses y 55.000 aliados), y seguirán contemplando la recreación que se hace todos los años, y tal vez esperando que un año, por fin, sea Napoleón quien gane.

ABC
KIOSKO MÁS

Fotogalería de la celebración del bicentenario de la batalla

Socialistas, comunistas y ultraconservadores franceses siguen viendo a Napoleón como un héroe revolucionario

Derrota y gloria intactas

JUAN PEDRO QUIÑONERO PARÍS

La catástrofe de Waterloo no empaña en absoluto la intacta gloria de Napoleón en el paraíso imaginario donde casi todas las familias políticas francesas encuentran motivo de orgullo y una brizna de sus propias raíces sentimentales.

Los conservadores y ultraconservadores nacionalistas siguen viendo en Napoleón -junto a Luis XVI y el general de Gaulle- el héroe nacional arquetípico, capaz de «proyectar» en el exterior la «gloria» nacional, incluso al precio fuerte del derramamiento de sangre en toda Europa.

Socialistas, comunistas e izquierdistas nacionalistas siguen viendo en Napoleón el «héroe revolucionario» capaz de «defender» y «propagar» la «revolución» por toda Europa, justificando el imperialismo militar en nombre del «progreso revolucionario». Esa visión «heroica» es uno de los pilares del Panteón político nacional, cuyo emblema canónico es el Arco del Triunfo, en la Plaza de la Estrella, construido por Napoleón, pre-



Napoleón, retratado por Delaroché

cisamente, a mayor gloria de su gesta imperial militarista. Todas las grandes ceremonias patrióticas culminan en la tumba del soldado desconocido, que se encuentra al pie de ese mo-

numento. El fuego, la sangre y los cadáveres de un largo rosario de incruentas batallas se «justifican» en nombre de la gloria nacional.

Sin duda, algunos liberales ultra minoritarios, algún ecologista despidado, algún historiador «agnóstico» en materia de imperialismo patriótico, llegan a atreverse a decir, en voz alta, en alguna emisión de radio o TV, palabras como «dictador», «tirano», «sanginario», «megalómano»... pero tales atrevimientos son rápidamente silenciados con la voz imperiosa de un presentador consciente de sus «deberes patrióticos».

Peor que Waterloo, en el imaginario político francés, son las sublevaciones populares contra el ejército invasor de Napoleón. Waterloo puede celebrarse como una suerte de «épico» canto del cisne de un aventurero militarista, el héroe con una «gran ambición nacional».

Batallas menos «épicas», como la sublevación del pueblo de Madrid, el 2 de mayo de 1808, son «detalles menores» enterrados en la tumba de un piadoso olvido. Baudelaire y la gran crítica francesa descubrieron muy pronto a Goya, cómo olvidarlo. Pero ese descubrimiento no llegó hasta los legendarios «Fusilamientos del 3 de mayo» goyescos, inmortalizando el comportamiento criminal de las tropas de ocupación francesas (la soldadesca napoleónica) y el heroísmo del pueblo de Madrid.

Cronología del enfrentamiento

1 A las 11:30 h del 18 de junio de 1815 Napoleón decide comenzar con un ataque de distracción sobre la granja de Hougoumont, para atraer hacia allí a los aliados y poder atacar con toda su fuerza el centro

2 Dicha granja se convirtió en un fortín, terminándose una pequeña batalla en sí misma, ya que cada vez se unían más hombres al ejército napoleónico mientras el aliado reservaba sus hombres en el centro de la línea defensiva

Los franceses consiguieron entrar en Hougoumont pero los aliados vuelven a cerrar la puerta de la granja encerrando a unos 12.000 soldados napoleónicos

Wellington esperaba refuerzos prusianos, y Napoleón que apareciera Grouchy. Como no tiene noticias de él, decide atacar por el flanco central-izquierdo

3 El ejército aliado resiste y Wellington contraataca con los Scots Greys, la caballería pesada del ejército inglés

Tras rechazar el ataque del ejército napoleónico, los aliados se replegaron al otro lado de la loma. Ney pensó que era una retirada general de los aliados y sin perder más tiempo atacó con la caballería sin apoyo de la artillería ni de la infantería

El ejército aliado, en formación de «cuadrado de infantería», repele una y otra vez los ataques de la caballería causándoles gran número de bajas

4 A las 17:00 los franceses habían tomado La Haye Sainte y combatían en lo alto de la loma. Justo en ese momento aparecen los prusianos. Napoleón ordena que se les ataque

Ney pide más hombres a Napoleón para terminar el ataque principal, que se los niega

5 Los prusianos ganan terreno a las tropas napoleónicas. Wellington reorganiza sus tropas. Napoleón ataca con su vieja guardia imperial para acabar con los aliados, que le esperan al otro lado de la loma disparando a bocajarro. Las tropas napoleónicas empiezan a retroceder

6 En ese instante Wellington se dio cuenta que era la ocasión para ganar y ordenó a su ejército que atacara con todo. Los franceses dubitativos, iniciaron la retirada y con ella llega el final de la batalla. Eran más de las 20.00 h.

Los ejércitos

Ejército aliado
67.900 hombres

- británicos
- holandeses,
- belgas
- alemanes

Infantería **50.000**
Caballería **12.400**
Artilleros **5.500**
Cañones **156**

Ejército francés
72.000 hombres

Infantería **42.000**
Caballería **16.000**
Artilleros **8.000**
Guardia Imperial **6.000**
Cañones **246**

Las armas

El tren de artillería de cañones de Napoleón era una mortífera arma, movida por 4 o 6 caballos con sus jinetes



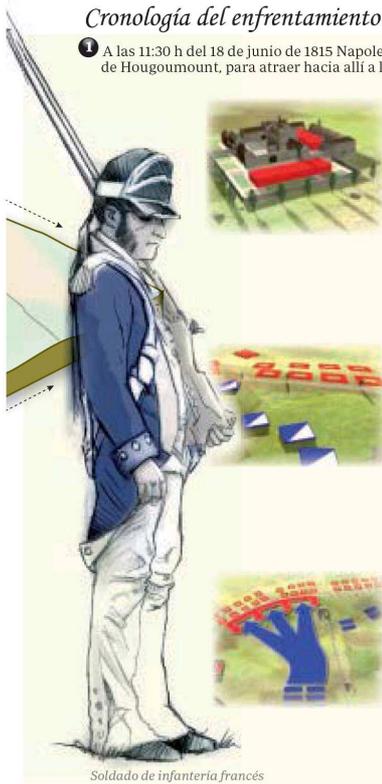
Calibre: 12 libras
Alcance: 900-1.200 m
Peso: 800 kg



Rifle Pattern 1800 (Inglés)
Calibre: 12,9 mm
Alcance: 300-600 m

Infografía: P. SÁNCHEZ/CG. SIMÓN

press reader Printed and distributed by PressReader
PressReader.com +1 604 278 4604
COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW



Soldado de infantería francés



Soldado de caballería británico

200 años de la batalla de Waterloo La contienda



Imagen de la batalla de Waterloo, inmortalizada por William Sadler

Entre la historia y el mito

ANÁLISIS

MANUEL MORENO ALONSO

Nadie expresó mejor que el general español Miguel Ricardo de Álava, presente en la batalla y amigo personal de Wellington, el significado de Waterloo: «La batalla más importante que se ha dado en muchos siglos» (Gaceta de Madrid, jueves 13 de julio de 1815). De la victoria sobre Napoleón dependió la paz y la seguridad futura de toda Europa.

Sin embargo, por su extraordinaria significación, el hecho de armas pasó pronto a convertirse en un mito, que doscientos años después, en su efemérides, parece acrecentarse. Hasta el punto de haberse perdido de la memo-

ria el nombre con el que, en justicia, debía haberse conocido la propia batalla, que en realidad debió haber sido el de Belle-Alliance, denominación propuesta por el mariscal Blücher, y que hubiera hecho justicia a la contribución de los prusianos a la victoria aliada. Pero, una vez más, fue el propio Wellington quien decidió escoger el de Waterloo, que era mucho más asequible a la fonética inglesa.

Por la misma razón muy pronto también se consagró el mito de Wellington, que pretendía que la batalla de Waterloo se ganó en los campos de Eton, inexistentes entonces, como ya recordó el historiador británico Eric J. Hobsbawm al estudiar la «invención de la tradición».

El triunfalismo de la victoria ocultó y sigue ocultando todavía doscientos años después muchos aspectos de

la realidad tanto desde el punto de vista de la «historia desde abajo», es decir, de los soldados de a pie que allí combatieron, como de sus jefes. Pues ¡cuántas cosas podría decirse de los fallos cometidos por estos últimos, empezando por los vencedores, de cuyos talentos tanto se habló! Lo mismo que sucedió con la valoración técnica de los enfrentamientos en aquellos cuatro días que decidieron la victoria a favor de los aliados, estimulada por el orgullo regimental y el resentimiento en no pocos casos, que caracteriza-

rá a los cientos de memorias, diarios, boletines oficiales y colecciones de cartas que informarán sobre la experiencia militar británica en la lucha contra Napoleón.

Por no hablar del papel de los vencedores. El caso, por ejemplo, del viejo general prusiano Von Blücher, sin cuya oportuna intervención Wellington no hubiera vencido a Napoleón. Pues el viejo general tenía entonces más de 70 años. Y quienes le conocían, empezando por su jefe de Estado Mayor Gneisenau, sabían que el viejo era un charlatán impenitente, un jugador frenético e incluso un psicópata. Hasta el punto de soñar que estaba embarazado de un elefante merced a un soldado francés. Lo que dio lugar a que, incapacitado por sus problemas mentales durante la campaña de 1814, el general York se negara a acatar una de

El viejo prusiano loco
«Jugador frenético, bebedor
y algo psicópata, Von
Blücher soñó que estaba
embarazado de un elefante»

Libros sobre el combate

Amenos y vibrantes testimonios de aquella danza macabra

MANUEL DE LA FUENTE MADRID

La batalla de Waterloo fue terrorífica. Probablemente, una de las mayores carnicerías hasta esa fecha, de la que se cumplen hoy doscientos años. Fue el último coletazo del mejor ejército y el mayor militar que hasta entonces habían visto los tiempos, el artillero corso Napoleón Bonaparte, y una coalición tampoco mal pertrechada de británicos y prusianos. Y fue el combate entre los partidarios de lo

que podríamos llamar una Europa como Dios manda y el sueño revolucionario de la libertad, la igualdad y la fraternidad convertido en una maquinaria tiránica y despótica.

No deja de ser curioso que, evidentemente, los ingleses celebren aquella dramática y apurada victoria, sino que en Francia se celebre como si la Guardia Imperial hubiera izado la bandera tricolor sobre las colinas de aquella encharcada tierra belga. Es más, hasta los

alemanes festejan que la victoria aliada fue gracias a su postrer empuje.

Ésta es una de las tesis que explica en «Waterloo. La última batalla de Napoleón» (Pasado & Presente) el novelista e historiador Alessandro Barbero, experto en la cuestión y uno de los más notables intelectuales italianos del momento. También sostiene Barbero que fue un combate europeo hasta las cachas: «Por ejemplo, recordemos que las tropas hablaban cuatro idiomas: francés, alemán, inglés y

holandés», explica. También mantiene el historiador algo muy interesante y que conviene resaltar: «A lo largo de todo el siglo XIX, la

memoria de Waterloo fue una industria cultural muy importante, sobre todo en Inglaterra, donde muchos veteranos fueron convencidos por las editoriales para que publicaran sus memorias. Hoy en día, se mantienen las escenificaciones de la batalla, se fabrican preciosos soldados de plomo y de plástico sobre el combate, se siguen reproduciendo aquellos vistosos uniformes y se si-



Los protagonistas 200 años de la batalla de Waterloo

sus órdenes al serle entregada por Gneisenau, aduciendo que estaba firmada al revés. «Se ve que el viejo -dijo- está de nuevo loco, por lo que es Gneisenau quien manda nuevamente, algo que no podemos tolerar». Sin embargo, aquel «viejo loco», tan encumbrado por los vencedores (después de haber sido derrotado siempre), fue al final quien decidió la victoria.

Incompatible con la verdad

Desde luego no le faltaba razón al propio Wellington al pensar que la historia era incompatible con la verdad. Que así se lo espetó éste a un periodista que le entrevistó en 1815 para hacer una historia de Waterloo, según se recoge en las conversaciones del conde de Stanhope. «El objeto que usted se propone es de muy difícil consecución, y si lo logra no es poca cosa», le dijo. En la conversación, después de decirle que «no se puede escribir una historia verdadera de una batalla sin incluir las faltas y la mala actuación de al menos parte de los implicados», terminó por reafirmarse en la idea de que como «muchos ejemplos de heroísmo individual deben pasarse por alto y quedar sin ser contados, es mejor para los intereses generales dejar sin relatar aquellas partes de la historia que contar toda la verdad».

Pero lo mismo le dijo Wellington, en una fecha tan temprana como la de agosto de 1815, a John Wilson Croker -autor vinculado a la Quarterly Review y autor de las tan celebradas *Songs of Trafalgar* (1806)-, a quien disuadió de que escribiera una historia de la batalla de Waterloo, a la que comparó con una pelota: «Puede que algunos recuerden todos los pequeños acontecimientos de los que el gran resultado es ganar o perder la batalla; pero nadie puede recordar el orden o el momento exacto en el que ocurrieron, lo cual marca la diferencia de su valor o importancia». Por todo ello, doscientos años después, es muy importante distinguir entre la historia y el mito.

MANUEL MORENO ALONSO ES
CATEDRÁTICO DE HISTORIA
CONTEMPORÁNEA. UNIV. DE SEVILLA

guen publicando diarios, cartas, informes que habían permanecido inéditos hasta ahora».

También se publica «Waterloo. La historia de cuatro días, tres ejércitos y tres batallas» (Edhasa), de Bernard Cornwell, autor de sagas como la del fusilero Richard Sharpe, que ofrece un libro vibrante y hasta poético de esta matanza que cambió la historia de Europa.

Como recuerda Barbero, preguntado el duque de Wellington sobre aquella batalla dijo con un humor típicamente *british*: «Empezó como un baile, en el que sabías con quién comenzabas a bailar. Al final, era una danza macabra, nadie tenía ni idea de quién era su pareja».



El duque de Wellington, retratado por Goya

Arthur Wellesley (1769-1852), duque de Wellington, disputó sesenta batallas y perdió solo siete, pero pasó a la historia como el vencedor de Napoleón

El duque de hierro

LUIS VENTOSO LONDRES

Tras su triunfo en los campos de Waterloo, el duque de Wellington fue aclamado como un héroe de la antigüedad cuando entró en Bruselas. Preguntado por si le había emocionado el homenaje, cuentan que respondió así: «Ni lo más mínimo. Si hubiese fallado, me habrían disparado». Un caballero realista, frío, analítico, que a diferencia de su genial oponente nunca eligió mandar a los suyos a una carnicería para cobrar un botín de gloria. Wellington lloró cuando leyó la lista de bajas de Waterloo. Una de sus frases más conocidas resume el horror de la guerra: «Nada excepto una batalla ganada puede ser la mitad de triste que una batalla perdida».

Nacido en Dublín como Artur Wesley (la familia lo cambiaría por Wellesley), era vástago de una familia de la nobleza rural irlandesa, el tercer hijo del primer Conde de Mornington. Llegó al Ejército por descarte. Al estilo de la época, sus hermanos le compraron sus primeros ascensos. Pero poco a poco fue demostrando sus talentos. Aprendió de sus errores iniciales en sus campañas de la India entre 1796 y 1805, que al final supo transmutar en triunfos. Cobró calidad de alto estratega derrotando a las fuerzas napoleónicas en España y Portugal. Tras su hito de Waterloo se centró en su carrera política y fue dos veces primer ministro por el partido tory. Era un conservador que desconfiaba de los cambios y consideraba que la constitución no escrita inglesa es una obra inmejorable. Re-

conocidísimo en vida como militar, y poco querido como político por su discurso plano y clásico, ostentó hasta el fin de sus días el cargo de comandante en jefe del Ejército.

La casa londinense de Wellington es un palacio frente a Hyde Park, hoy museo. Allí pueden contemplarse algunos de los tesoros que salvó de la rapina de Pepe Botella para al final acabar trayéndoselos él mismo a Londres por cortesía del felón Fernando VII. En la entrada de la vivienda hay una singular estatua: un mármol que muestra a Napoleón en pelota picada. Toda una alegoría: Arthur Wellesley estudió minuciosamente a su oponente y, sin tener su talento deslumbrante, acabó venciendo con las armas de la prudencia, el cálculo, la frialdad absoluta para interpretar en tiempo real lo que ocurría.

Wellington, de uno ochenta de talla y gran fortaleza física, era un excelente jinete y un estajanovista, capaz de dormir solo nueve horas en las noventa de angustia que duró Waterloo, donde se dirimía a una carta el futuro del mundo. Bebía y hablaba poco, le gustaba el lenguaje claro y detestaba a los oficiales incompetentes hijos de la nobleza.

La joven Reina Victoria lo adoraba. No era la única. Su matrimonio fue un fracaso y saltó de amante en amante, incluidas algunas cortesanas que ya había frecuentado su archienemigo, Bonaparte. Utilizó su influencia política para que, tras la derrota, no se machacase a Francia con las reparaciones de guerra. Reposa en la catedral de San Pablo.

Lágrimas Wellington lloró cuando leyó la lista de bajas de Waterloo

MIGUEL RICARDO DE ÁLAVA
ESTADO MAYOR BRITÁNICO

Español con mando en la batalla

Perfil

GONZALO SERRATS URRECHA
Miguel Ricardo de Álava y Esquivel nació en Vitoria el 7 de febrero de 1772 y fue un vasco ilustrado que entró rápidamente en la marina real, en la que pasó 16 años. Combatió valerosamente en la batalla de Trafalgar como ayudante de Federico Gravina en el Príncipe de Asturias. Después sufrió la entrada de los franceses en España durante la Guerra de la Independencia.

En 1808, tras firmar la Constitución de Bayona ideada por Napoleón, abandonó la corte e hizo frente a los invasores. Esto le llevó al lado del duque de Wellington en 1809 como comisionado. En principio fue enviado junto a él por su dominio del idioma, pero su conocimiento militar le hizo ganarse la amistad del inglés. En la guerra hizo que la alianza entre naciones estuviera «en todo lo alto». Así lo dijo el historiador británico Napier (contemporáneo suyo) que, además, señaló que era «valiente, generoso y desinteresado».

Durante ese tiempo, Álava y Wellington apenas se separaron. Solo estuvieron alejados cuando el primero fue herido. A partir de entonces el inglés le envió cartas en español al vasco, algo que acabo de descubrir y que explico en mi nuevo libro -«El general Álava y Wellington, de Trafalgar a Waterloo»- como familiar descendiente suyo. El 18 de julio de 1815 estuvo en Waterloo como parte del Estado Mayor británico y, cuando el general De Lancey causó baja, él le sustituyó organizando los movimientos de las tropas. Murió en 1843.



El general Álava, retratado por William Salter